

LA INVITADA

SIMONE DE BEAUVOIR

LA INVITADA



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Primera edición: noviembre de 2017

© Éditions Gallimard, 1943
© de la presente edición: Edhasa, 2017
Diputación, 262, 2^ª1^a
0807 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-2171-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B-24356-2017

Impreso en España

A Olga Kosakiewicz

PRIMERA PARTE

I

Francisca alzó los ojos. Los dedos de Gerbert brincaban sobre el teclado, miraba el manuscrito con aire huraño; parecía cansado; Francisca también tenía sueño; pero en su propio cansancio había algo de íntimo y suave; no le gustaban esas líneas negras bajo los ojos de Gerbert; tenía el rostro ajado, endurecido, representaba casi sus veinte años.

—¿No quiere que lo dejemos? —dijo.

—No, está bien —dijo Gerbert.

—Por otra parte, sólo me falta pasar a limpio una escena —dijo Francisca.

Volvió una página. Las dos de la madrugada habían dado hacía ya un momento. Por lo general, a esa hora no había alma viviente en el teatro; esta noche vivía: se oía el tecleo de la máquina de escribir, la lámpara derramaba sobre los papeles una luz rosada. Y yo estoy aquí, mi corazón late. Esta noche, el teatro tiene un corazón que late.

—Me gusta trabajar de noche —dijo ella.

—Sí —dijo Gerbert—, es tranquilo.

Bostezó. El cenicero estaba lleno de colillas rubias, había dos vasos y una botella vacía sobre el velador.

Francisca miró las paredes de su escritorio; el aire rosado brillaba de calor y de luz humana. Afuera, estaba el teatro inhumano y negro, con sus corredores desiertos alrededor de una gran cáscara vacía. Francisca dejó su estilográfica.

—¿No tomaría otra copa? —dijo.

—No voy a decirle que no —dijo Gerbert.

—Voy a buscar otra botella al camerino de Pedro.

Salió del despacho. No tenía tantas ganas de whisky; eran esos corredores negros los que la atraían. Cuando ella no estaba allí, ese olor polvoriento, esa penumbra, esa soledad desolada, todo eso no existía para nadie, no existía en absoluto. Y ahora ella estaba allí, el rojo de la alfombra hendía la oscuridad como una tímida lamparilla. Ella tenía ese poder: su presencia arrancaba las cosas de su inconsciencia, les devolvía su color, su olor. Bajó un piso, empujó la puerta de la sala; era como una misión que le hubiera sido confiada, debía hacerla existir, esa sala desierta y llena de noche. El telón metálico había sido bajado, las paredes olían a pintura fresca; las butacas de felpa roja se alineaban inertes, a la espera. Poco después dejarían de esperar. Y ahora ella estaba allí y le tendían los brazos. Miraban el escenario cubierto por el telón metálico, clamaban por Pedro, por las candilejas y por la muchedumbre recogida. Habría sido necesario quedarse allí, siempre, para perpetuar esa soledad y esa espera; pero también habría sido necesario estar en otras partes, en la guardarropía, en los camerinos, en las bambalinas: habría sido nece-

sario estar en todas partes a la vez. Atravesó un palco de proscenio, subió a la escena, se internó entre las bambalinas, bajó al patio donde se pudrían los viejos decorados. Estaba sola para descifrar el sentido de esos lugares abandonados, de esos objetos soñolientos; ella estaba allí y ellos le pertenecían. El mundo le pertenecía.

Cruzó la portezuela de hierro que cerraba la entrada de los artistas y avanzó hasta el centro del terraplén. Alrededor de la plaza, las casas dormían, el teatro dormía; tenía una sola ventana rosada. Se sentó en un banco, el cielo brillaba, negro, por encima de los castaños. Uno hubiera creído estar en el corazón de una tranquila provincia. En ese momento no lamentaba que Pedro no estuviera junto a ella, había alegrías que no podía conocer en su presencia: todas las alegrías de la soledad; ella las había perdido hacía ocho años y a veces sentía como un remordimiento. Se abandonó contra la madera dura del banco; unas pisadas rápidas resonaban sobre la acera; por la avenida pasó un camión. Había ese ruido movible, el cielo, el follaje vacilante de los árboles, un vidrio rosado en una fachada negra; ya no había ninguna Francisca, ya nadie existía en ninguna parte.

Francisca se incorporó de un salto; era extraño volver a ser alguien, apenas una mujer, una mujer que se apresura porque la espera un trabajo urgente, y ese momento no era más que un momento de su vida como los

otros. Puso la mano sobre el picaporte y se volvió con el corazón en un puño. Era un abandono, una traición. La noche iba a devorar de nuevo la pequeña plaza provinciana; la ventana rosada iluminaría vanamente, no iluminaría a nadie. La dulzura de esta hora iba a perderse para siempre. Tanta dulzura perdida por toda la tierra. Atravesó el patio de butacas y subió por la escalera de madera verde. A esta clase de pesadumbre, ella había renunciado hacía tiempo. Nada era real, salvo su propia vida. Entró en el camerino de Pedro y sacó una botella de whisky del armario, luego subió corriendo hacia su escritorio.

—Esto le devolverá las fuerzas —dijo—. ¿Cómo lo quiere, solo o con agua?

—Solo —dijo Gerbert.

—¿Después será capaz de volver a su casa?

—Empiezo a soportar el whisky —dijo Gerbert con dignidad.

—Empieza —dijo Francisca.

—Cuando sea rico y viva en mi casa, tendré siempre una botella de *Vat 69* en el armario —dijo Gerbert.

—Será el fin de su carrera —dijo Francisca. Le miró con una especie de ternura. Él había sacado su pipa del bolsillo y la cargaba con aire aplicado. Era su primera pipa. Todas las noches, después de haber vaciado la botella de *beaujolais*, colocaba la pipa sobre la mesa y la miraba con un orgullo de niño; fumaba bebiendo un coñac o un orujo. Y luego se iban por las calles, la cabeza un poco ardiente a causa del trabajo del día, del vino y del alcohol. Gerbert caminaba a grandes

zancadas, con el mechón negro que le cruzaba el rostro, las manos en los bolsillos. Ahora eso se acababa; le vería a menudo, pero con Pedro y todos los demás; serían de nuevo como dos extraños.

—Usted también, para ser una mujer, soporta bien el whisky —dijo Gerbert en tono imparcial.

Examinó a Francisca.

—Pero hoy ha trabajado demasiado. Debería dormir un poco. Si quiere, la despertaré.

—No, prefiero terminar —dijo Francisca.

—¿Tiene hambre? ¿Quiere que vaya a buscar sándwiches?

—Gracias —dijo Francisca. Le sonrió. Él había sido tan atento, tan solícito; cada vez que se sentía descorazonada, le bastaba mirar sus ojos alegres para recobrar la confianza. Hubiera querido encontrar palabras para agradecersele.

—Es casi una lástima que hayamos terminado —dijo—. Me había acostumbrado a trabajar con usted.

—Pero va a ser todavía más divertido cuando se ponga en escena —dijo Gerbert. Sus ojos brillaron; el alcohol había puesto una llama en sus mejillas.

—Es tan divertido pensar que dentro de tres días todo va a volver a empezar. Adoro los comienzos de temporada.

—Sí, será divertido —dijo Francisca. Tomó sus papeles. Esos diez días frente a frente, él los veía terminarse sin pena; era natural, ella tampoco lamentaba que llegaran a su fin, no podía pretender que Gerbert sintiera nostalgias solo.

—Este teatro muerto, cada vez que lo atravieso, me estremezco —dijo Gerbert—, es lúgubre. Creí verdaderamente que esta vez permanecería cerrado todo el año.

—De buenas nos hemos librado —dijo Francisca.

—Con tal que dure —dijo Gerbert.

—Durará —dijo Francisca.

Nunca había creído en la guerra; la guerra era como la tuberculosis o los accidentes de ferrocarril; no puede ocurrirme a mí. Esas cosas sólo ocurren a los demás.

—¿Puede imaginarse usted que una verdadera gran desgracia caiga sobre su propia cabeza?

Gerbert hizo una mueca.

—¡Oh! Muy fácilmente —dijo.

—Yo no —dijo Francisca. Ni siquiera valía la pena pensarlo. Los peligros de los cuales uno podía defenderse, había que encararlos, pero la guerra no estaba hecha a la medida humana. Si estallase un día, ya nada tendría importancia, ni siquiera vivir o morir.

—Pero no ocurrirá —se repitió Francisca. Se inclinó sobre el manuscrito; la máquina de escribir tableteaba, el cuarto tenía olor a tabaco rubio, a tinta y a noche. Del otro lado de la ventana, la pequeña plaza recoleta dormía bajo el cielo oscuro; por el campo desierto, pasaba un tren. Yo estoy allí. Pero para mí, que estoy allí, la plaza existe y el tren que pasa; París entero y toda la tierra en la penumbra rosada del despacho. Y en este minuto todos los largos años de felicidad. Yo estoy allí en el corazón de mi vida.

—Es una pena que se esté obligado a dormir —dijo Francisca.

—Es, sobre todo, una lástima que uno no pueda sentirse dormir —dijo Gerbert—. En cuanto uno empieza a darse cuenta de que duerme, se despierta. No se aprovecha.

—¿Pero no le parece magnífico estar despierto mientras otras personas duermen? —Francisca dejó la estilográfica y tendió el oído. No se oía ningún ruido, la plaza estaba oscura, el teatro oscuro.

—Me gustaría imaginarme que todo el mundo está dormido, que en este momento sólo usted y yo estamos vivos sobre la tierra.

—¡Qué susto me daría! —dijo Gerbert. Echó hacia atrás el largo mechón negro que le caía sobre los ojos—. Es como cuando pienso en la luna: esas montañas de hielo y esas grietas y nadie allí dentro. El primero que se atreva a trepar hasta allí dentro tendrá que ser un fresco.

—Yo no diría que no, si me lo propusieran —dijo Francisca. Miró a Gerbert. Por lo general, se sentaban uno al lado del otro; ella estaba contenta de sentirle cerca, pero no se hablaban. Esta noche sentía ganas de hablarle—. Es raro pensar en las cosas tal como son en nuestra ausencia —dijo.

—Sí, es raro —dijo Gerbert.

—Es como tratar de pensar que uno está muerto; no se consigue, uno siempre supone que está en un rincón, mirando.

—Son graciosas todas esas cosas que uno no verá nunca.

—Antes me desesperaba pensar que no conocería más que un miserable rincón de mundo. ¿No le parece?

—Tal vez —repuso Gerbert.

Francisca sonrió. Cuando uno conversaba con Gerbert, solía encontrar resistencias, pero era difícil arrancarle opiniones positivas.

—Ahora estoy tranquila porque me he convencido de que, vaya donde vaya, el resto del mundo se desplaza conmigo. Es lo que me salva de toda nostalgia.

—¿Nostalgia de qué? —dijo Gerbert.

—De vivir solamente dentro de mi pellejo, siendo la tierra tan vasta.

Gerbert miró a Francisca.

—Sí, sobre todo porque tiene una vida más bien ordenada.

Era siempre tan discreto; esa vaga pregunta significaba para él una especie de audacia. ¿Le parecía la vida de Francisca demasiado ordenada? ¿Acaso la juzgaba? Me pregunto lo que piensa de mí... Este despacho, el teatro, mi cuarto, los libros, los papeles, el trabajo. Una vida tan ordenada.

—Comprendí que había que resignarse a elegir —dijo.

—No me gusta cuando hay que elegir —dijo Gerbert.

—Al principio me costó; pero ahora ya no lo lamento, porque las cosas que no existen para mí me parece que no existen en absoluto.

—¿Cómo es eso? —preguntó Gerbert.

Francisca vaciló; sentía eso con mucha fuerza; los corredores, la sala, el escenario, no se habían desvanecido.

cido cuando ella había cerrado la puerta tras ellos; pero ya sólo existían detrás de la puerta, a distancia. A distancia, el tren corría a través de las praderas silenciosas que prolongaban en el fondo de la noche la vida tibia del pequeño despacho.

—Es como los paisajes lunares —dijo Francisca—. No tienen realidad. Sólo son decires. ¿No lo siente así?

—No —dijo Gerbert—. No lo creo.

—¿Y no le fastidia no poder ver, nunca, más que una cosa a la vez?

Gerbert reflexionó.

—A mí, lo que me molesta, son las otras personas —dijo—. Me espanta que me hablen de un tipo que no conozco, sobre todo si me hablan con estima: un tipo que vive allí, de su lado, y que ni siquiera sabe que existo.

Era raro que hablara tanto sobre sí mismo. ¿Sentía él también la intimidad conmovedora y provisional de esas últimas horas? Estaban solos para vivir en ese círculo de luz rosada. Para los dos la misma luz, la misma noche. Francisca miró los hermosos ojos verdes bajo las pestañas levantadas, la boca atenta: Si yo hubiera querido... Quizá no fuera demasiado tarde. ¿Pero qué podía querer?

—Sí, es insultante —dijo ella.

—En cuanto uno conoce al tipo, ya es mejor —dijo Gerbert.

—Uno no puede hacerse a la idea de que las demás personas son conciencias que se sienten por dentro como se siente uno mismo —dijo Francisca—. Cuando

uno entrevé eso, me parece que es aterrador: uno tiene la impresión de no ser más que una imagen en la cabeza de algún otro. Pero eso no ocurre casi nunca, y nunca por completo.

—Es verdad —dijo Gerbert con ardor—, quizá por eso me resulta tan desagradable que me hablen de mí, aunque me hablen amablemente; me parece que se atribuyen una superioridad sobre mí.

—A mí no me importa lo que la gente piensa de mí —dijo Francisca.

Gerbert se echó a reír.

—No se puede decir que tenga demasiado amor propio.

—Me pasa con sus pensamientos lo que con sus palabras y sus rostros: objetos que están en mi mundo, el mío. Isabel se asombra de que yo no sea ambiciosa; pero es también por eso. No tengo necesidad de hacerme en el mundo un lugar privilegiado. Tengo la impresión de que ya estoy instalada en él. Sonrió a Gerbert—. Usted tampoco es ambicioso.

—No —dijo Gerbert—. ¿Para qué? —Vaciló—. Sin embargo, me gustaría llegar a ser un buen actor.

—Como a mí; a mí me gustaría mucho escribir un buen libro. A uno le gusta hacer bien el trabajo que hace. Pero no es por la gloria y los honores.

—No —dijo Gerbert.

Un carro de lechero pasó bajo la ventana. Pronto amanecería. El tren estaba más allá de Châteauroux, se acercaba a Vierzon. Gerbert bostezó y sus ojos se enrojecieron como los de un chico soñoliento.

–Debería ir a dormir –dijo Francisca.

Gerbert se frotó los ojos.

–Tengo que mostrarle esto terminado a Labrousse –objetó en tono terco. Tomó la botella y se echó un trago de whisky.

–Además, no tengo sueño, ¡tengo sed! –Bebió y dejó el vaso. Reflexionó un instante–. A lo mejor, después de todo, tengo sueño.

–Sed o sueño, decídase –dijo Francisca riendo.

–Nunca me doy cuenta del todo –dijo Gerbert.

–Escuche –dijo Francisca–, va a hacer lo siguiente. Va a acostarse sobre el diván y va a dormir. Yo terminaré de revisar esta última escena. Usted la copiará a máquina cuando yo vaya a buscar a Pedro a la estación.

–¿Y usted? –dijo Gerbert.

–Cuando haya terminado, también dormiré; el diván es bastante ancho, usted no me molestará. Tome un almohadón e instálese bajo la manta.

–Bueno –dijo Gerbert.

Francisca se desperezó y volvió a tomar su estilográfica. Al cabo de un instante, volvió la cabeza. Gerbert yacía de espaldas, con los ojos cerrados; un aliento regular se escapaba de sus labios. Ya dormía. Era guapo. Le miró durante un largo rato; luego volvió a trabajar. Allá en el tren que corría, Pedro también dormía, con la cabeza apoyada contra los almohadones de cuero y un rostro inocente. Saltará del tren, se enderezará todo lo que da su pequeña estatura; luego correrá por el andén, me tomará del brazo.

—Ya está —dijo Francisca. Examinó el manuscrito con satisfacción—. Con tal que le parezca bien. Creo que le parecerá bien. —Apartó el sillón. Un vapor rosado se elevaba del cielo. Se quitó los zapatos y se deslizó bajo la manta al lado de Gerbert. Él gimió, su cabeza rodó sobre el almohadón y fue a apoyarse contra el hombro de Francisca.

Pobrecito Gerbert, qué sueño tenía, pensó. Subió un poco la manta y permaneció inmóvil, con los ojos abiertos. También tenía sueño, pero no quería dormir todavía. Miró los párpados frescos de Gerbert y sus largas pestañas de mujer; dormía abandonado, indiferente. Ella sentía contra su cuello la caricia de sus cabellos largos y suaves.

Es todo cuanto tendré de él, pensó.

Había mujeres que acariciaban esos hermosos cabellos de china, que posaban sus labios sobre los párpados infantiles, que apretaban entre sus brazos ese largo cuerpo delgado. Un día él le diría a una de ellas:

—Te quiero.

A Francisca se le encogió el corazón. Todavía estaba a tiempo. Podía colocar su mejilla contra esa mejilla y decir en voz alta las palabras que acudían a sus labios.

Cerró los ojos. Ella no podía decir: Te quiero. No podía pensarlo. Quería a Pedro. No había lugar en su vida para otro amor.

Sin embargo, habría alegrías semejantes a ésta, pensó con un poco de angustia. La cabeza pesaba mucho sobre su hombro. Lo precioso no era ese peso oprimente: era la ternura de Gerbert, su confianza, su abandono, el amor

con que ella lo colmaba. Pero Gerbert dormía, y el amor y la ternura no eran más que objetos de sueño. Quizá, cuando la tuviera entre sus brazos, ella pudiese entrar en ese sueño; pero ¡cómo aceptar soñar un amor que uno no quiere vivir de veras!

Miró a Gerbert. Ella era dueña de sus palabras, de sus gestos. Pedro le daba libertad. Pero los gestos y las palabras no serían sino mentiras, como ya era mentira el peso de esa cabeza sobre su hombro. Gerbert no la quería, ella no podía desear que la quisiera.

El cielo enrojecía detrás del cristal. En el corazón de Francisca subía una tristeza áspera y rosada como el alba. Sin embargo, no lamentaba nada; ni siquiera tenía derecho a esa melancolía que le embotaba el cuerpo soñoliento. Era un renunciamiento definitivo y sin recompensa.

II

Sentadas en el fondo del café moro, sobre almohadones de lana rugosa, Francisca y Javiera miraban a la bailarina árabe.

—Querría saber bailar así —dijo Javiera; sus hombros se estremecieron, una leve ondulación recorrió su cuerpo. Francisca le sonrió; lamentaba que el día tocara a su fin; Javiera había estado encantadora.

—En Fez, en el barrio reservado, Labrousse y yo vimos unas que bailaban desnudas —dijo Francisca—, pero se parecían demasiado a una demostración anatómica.

—¡Pues ya han visto cosas! —dijo Javiera con cierto rencor.

—Usted también verá —dijo Francisca.

—¡Ay! —suspiró Javiera.

—No se quedará en Ruán toda la vida —dijo Francisca.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Javiera tristemente. Se miraba los dedos con aire pensativo; eran dedos rojos, de campesina, que contrastaban con sus muñecas finas—. Quizá pudiera tratar de ser ramera, pero no estoy lo bastante avezada.

—Es un oficio duro, ¿sabe? —dijo Francisca, riendo.

—Lo que hace falta es no tener miedo a la gente —sentenció Javiera en tono serio; meneó la cabeza—. Estoy progresando; cuando un tipo me roza por la calle, ya no grito.

—Y entra sola en los cafés, ya es mucho —dijo Francisca. Javiera la miró confundida.

—Sí, pero no le he dicho todo: en ese pequeño dancing adonde fui anoche, un marinero me invitó a bailar; no acepté. Me apresuré para terminar mi calvados y escapé como una cobarde. —Hizo una mueca—. Es horrible el calvados.

—Debía de ser un rico matarratas —dijo Francisca—. Creo que usted hubiera podido bailar con su marinero; hice un montón de tonterías así en mi juventud y nunca pasó nada malo.

—La próxima vez aceptaré —dijo Javiera.

—¿No tiene miedo de que una noche su tía se despierte? Me imagino lo que pasaría.

—No se atrevería a entrar en mi cuarto —dijo Javiera en tono de desafío. Sonrió, hurgó en su cartera—. Hice un dibujito para usted.

Una mujer que se parecía un poco a Francisca estaba apoyada en un mostrador; tenía las mejillas pintadas de verde y el vestido de amarillo. Abajo del dibujo, Javiera había escrito con gruesas letras violetas: *El camino del vicio*.

—Tiene que dedicármelo —dijo Francisca.

Javiera miró a Francisca, miró el dibujo y después lo rechazó.

—Es muy difícil.

La bailarina avanzó hacia el centro del salón; sus caderas ondulaban, su vientre se estremecía al ritmo del tamboril.

—Parece que un demonio quiere escapar de su cuerpo —dijo Javiera. Se inclinó hacia delante, fascinada. Francisca había estado bien inspirada al traerla aquí; nunca antes Javiera había hablado tan largamente de sí misma; tenía una manera encantadora de contar cuentos.

Francisca se hundió entre los cojines; ella también estaba impresionada por todo ese brillo fácil, pero lo que le encantaba, sobre todo, era haber anexionado a su vida esa minúscula existencia triste; pues ahora, como Gerbert, como Inés, como Canzetti, Javiera le pertenecía; nada le causaba a Francisca alegrías tan fuertes como esa especie de posesión; Javiera miraba atentamente a la bailarina, no veía su propio rostro que la pasión embellecía, su mano sentía los contornos de la taza que apretaba, pero Francisca sólo era sensible a los contornos de esa mano: los gestos de Javiera, su rostro, su vida misma tenían necesidad de Francisca para existir. En ese momento, para sí misma, Javiera no era nada más que un cierto regusto de café, una música lacerante, una danza, un leve bienestar; pero para Francisca, la infancia de Javiera, sus días estancados, sus repulsiones, componían una historia romántica tan real como el tierno modelado de sus mejillas; y esa historia iba a parar precisamente aquí, entre las telas abigarradas, en ese minuto exacto de la vida de Fran-

cisca en que Francisca se volvía hacia Javiera y la contemplaba.

—Ya son las siete —dijo Francisca. La abrumaba la idea de pasar la velada con Isabel, pero no podía evitarlo—. ¿Sale con Inés esta noche?

—Creo que sí —dijo Javiera con voz sombría.

—¿Cuánto tiempo más se queda en París?

—Me voy mañana. —Un relámpago de rabia cruzó por los ojos de Javiera—. Mañana todo seguirá estando aquí, y yo estaré en Ruán.

—¿Por qué no sigue cursos de dactilografía como se lo había aconsejado? —dijo Francisca—. Yo podría encontrarle un empleo.

Javiera se encogió de hombros, descorazonada.

—No sería capaz —dijo.

—Por supuesto que lo sería, no es difícil.

—Mi tía trató también de enseñarme a tejer —dijo—, y mi última media fue un desastre. —Miró a Francisca con un aire triste y vagamente provocativo—. Tiene razón: nunca podrán hacer nada de mí.

—Sin duda no harán una buena ama de casa —replicó Francisca riendo—, pero se puede vivir sin eso.

—No es a causa de la media —dijo Javiera con voz fatal—, pero es una prueba.

—Se descorazona demasiado pronto. Sin embargo, ¿tiene ganas de irse de Ruán? ¿No hay allí nada ni nadie que importe?

—Los odio —dijo Javiera—. Odio esa ciudad inmunda y a los que van por las calles con sus miradas de lombrices.

–Eso no puede durar –dijo Francisca.

–Durará –dijo Javiera. Se levantó bruscamente–.

Me voy.

–Espere, la acompaño –dijo Francisca.

–No, no se moleste, ya le he hecho perder toda la tarde.

–No me ha hecho perder nada –repuso Francisca–. ¡Qué rara es usted!

Examinó con cierta perplejidad la cara huraña de Javiera; era un pequeño personaje desconcertante; con esa boina que ocultaba sus cabellos rubios, tenía casi un aspecto de chiquillo; sin embargo, era el rostro de una joven lo que había conmovido a Francisca seis meses atrás.

El silencio se prolongó.

–Discúlpeme –dijo Javiera–. Tengo un dolor de cabeza terrible. –Se tocó las sienes con aire dolorido–. Debe de ser este humo: me duele aquí, y aquí.

La parte de abajo de sus ojos estaba hinchada; su tez, turbia. En verdad, el espeso olor de incienso y de tabaco hacía el aire casi irrespirable. Francisca llamó al camarero.

–Es una lástima: si no estuviera tan cansada la habría llevado esta noche al cabaret –se lamentó.

–Creía que tenía que ver usted a una amiga –dijo Javiera.

–Vendría con nosotros, es la hermana de Labrousse, una muchacha pelirroja peinada a la *garçonne*, usted la vio cuando festejamos las cien representaciones de *Filoctetes*.

—No me acuerdo —dijo Javiera. Su mirada se animó—. Sólo me acuerdo de usted: tenía una larga falda negra muy estrecha, una blusa de *lamé* y una redecilla plateada en el pelo. ¡Qué guapa estaba!

Francisca sonrió: no era guapa, pero le gustaba su propia cara; siempre le causaba una sorpresa agradable encontrarla en un espejo. Por lo general, no pensaba que tenía una cara.

—Usted llevaba un vestido azul precioso, todo plisado —dijo—, y estaba borracha.

—Traje mi vestido, me lo pondré esta noche.

—¿Es prudente si le duele la cabeza?

—Ya no me duele. Era sólo un mareo.

Le brillaban los ojos; había recobrado su hermosa tez anacarada.

—Entonces, está bien —dijo Francisca. Empujó la puerta—. Pero Inés se va a molestar, si cuenta con usted.

—Y bueno, se molestará —dijo Javiera con una mueca desdeñosa.

Francisca llamó a un taxi.

—La dejo en casa de ella y a las nueve y media nos encontramos en el *Dôme*. No tiene más que seguir el bulevar Montparnasse, derecho.

—Lo conozco —dijo Javiera.

Francisca se sentó en el taxi al lado de ella y pasó su brazo bajo el de Javiera.

—Estoy muy contenta de que todavía tengamos algunas horas por delante.

—Yo también estoy contenta —respondió Javiera en voz baja.

El taxi se detuvo en la esquina de la calle de Rennes. Javiera bajó y Francisca se hizo llevar al teatro. Pedro estaba en su camerino, en bata; comía un sándwich de jamón.

—¿Estuvo bien el ensayo? —dijo Francisca.

—Trabajaste bien —dijo Pedro señalando el manuscrito colocado sobre su escritorio—. Está bien. Está muy bien.

—¿De veras? ¡Cuánto me alegra! Me ha dolido en el alma tener que cortar la muerte de Lucilio, pero me parece que era necesario.

—Era necesario —dijo Pedro—. Todo el movimiento del acto ha cambiado. —Mordió su sándwich—. ¿No has comido? ¿Quieres un sándwich?

—Sí. —Tomó uno y miró a Pedro con reproche—. No te alimentas bastante, estás muy pálido.

—No quiero engordar.

—César no era flaco. —Francisca sonrió—. ¿Si telefonaras a la portera para que vaya a buscarnos una botella de Château-Margaux?

—No es una mala idea —dijo Pedro.

Descolgó el receptor y Francisca se instaló sobre el diván; era allí donde dormía Pedro cuando no pasaba la noche con ella; a ella le gustaba mucho ese camerino.

—Ya está —dijo Pedro—, serás servida.

—Estoy tan contenta. Creí que nunca terminaría ese tercer acto.

—Has hecho un trabajo excelente. —Pedro se inclinó hacia ella y la abrazó. Francisca le echó los brazos alrededor del cuello.

—Lo has hecho tú —dijo—. ¿Recuerdas lo que me decías en Delos? ¿Que querías llevar al teatro algo absolutamente nuevo? Y bien... ya está.

—¿Lo crees realmente? —dijo Pedro.

—¿Tú no lo crees?

—Lo creo un poco.

Francisca se echó a reír.

—Lo crees del todo, pareces encantado. ¡Pedro! Si no tenemos demasiadas preocupaciones de dinero, ¡qué buen año va a ser éste!

—En cuanto seamos un poco ricos, te compraremos otro abrigo.

—Estoy acostumbrada a éste.

—No cabe la menor duda. —Pedro se sentó junto a Francisca.

—¿Te divertiste con tu joven amiga?

—Es una monada. ¡Qué lástima que se pudra en Ruán!

—¿Te contó muchas cosas?

—Un montón de cuentos; te los contaré alguna vez.

—¿Entonces estás contenta, no has perdido el día?

—Me gustan mucho los cuentos.

Llamaron y la puerta se abrió. La portera trajo con aire pomposo una bandeja con dos vasos y una botella de vino.

—Muchas gracias —dijo Francisca. Llenó los vasos.

—Por favor —añadió Pedro—, no estoy para nadie.

—Entendido, señor Labrousse —dijo la mujer. Salió. Francisca tomó su vaso en la mano y mordió un segundo sándwich.

—Esta noche voy a llevar a Javiera con nosotras —dijo—. Iremos al cabaret. Me divierte. Espero que neutralice a Isabel.

—Ha de estar deslumbrada.

—Pobre chica, me partió el alma. Le revuelve de tal manera volver a Ruán.

—¿No hay ninguna manera de sacarla? —preguntó Pedro.

—Ninguna —dijo Francisca—. Es tan floja e impotente; nunca tendrá el valor de aprender un oficio; y su tío no imagina más porvenir para ella que un marido piadoso y muchos hijos.

—Deberías encargarte de ella.

—¿Cómo quieres que lo haga? La veo una vez por mes.

—¿Por qué no la haces venir a París? La vigilarías, la obligarías a trabajar; que aprenda taquigrafía; ya encontraremos algún lugar donde colocarla.

—Su familia no se lo permitirá jamás.

—Y bueno, que lo haga sin permiso. ¿No es mayor de edad?

—No, pero el problema no es exactamente ese. No creo que la hagan buscar por la policía.

Pedro sonrió.

—¿Y cuál es el problema?

Francisca vaciló; a decir verdad, nunca había pensado que se planteara ningún problema.

—En resumen, ¿propones que la hagamos vivir en París a costa nuestra hasta que se desenvuelva?

—¿Por qué no? Presentándole eso como un préstamo.

—Por supuesto —dijo Francisca. Siempre le asombraba esa manera que tenía de hacer nacer en cuatro palabras mil posibilidades imprevistas. Ahí donde los otros veían matorrales impenetrables, Pedro descubriría un porvenir virgen que podía moldear a su antojo. Era el secreto de su fuerza.

—Hemos tenido tanta suerte en nuestra vida —dijo Pedro—. Convendría compartirla con los otros cada vez que podamos.

Francisca examinó con perplejidad el fondo de su vaso.

—En un sentido me tienta —dijo—. Pero tendría que ocuparme de ella y tengo tan poco tiempo.

—Hormigueta —dijo Pedro con ternura.

Francisca se ruborizó levemente.

—Sabes que no tengo mucho tiempo.

—Ya lo sé. Pero es curiosa esa especie de retroceso que haces cada vez que se te presenta algo nuevo.

—La única novedad que me interesa es nuestro porvenir común —dijo Francisca—. ¡Qué quieres, soy feliz así! Debes reprochártelo a ti solo.

—No te critico. Al contrario, te encuentro tanto más pura que yo, no hay nada que suene a falso en tu vida.

—Es que tú no le das tanta importancia a la vida en sí misma. Tu trabajo es lo que cuenta.

—Es verdad. —Pedro se mordió una uña con aire perplejo—. En mí, aparte de mis relaciones contigo, todo es frivolidad y despilfarro.

Continuaba mordisqueándose la mano; no estaría contento hasta que sangrara.

—Pero en cuanto haya liquidado a Canzetti, todo estará terminado.

—Eso dices —dijo Francisca.

—Lo demostraré.

—Tienes suerte, tus líos siempre se liquidan bien.

—Es que en el fondo ninguna de esas mujercitas ha estado nunca verdaderamente enamorada de mí, dijo Pedro.

—No creo que Canzetti sea una muchacha interesada.

—No, no es tanto para que le dé un papel; sólo es que me toma por un gran hombre, se imagina que el genio se le subirá del sexo al cerebro.

—Hay mucho de eso —dijo Francisca riendo.

—Esos líos ya no me divierten —dijo Pedro—. Si por lo menos fuera un gran sensual; pero ni siquiera tengo esa excusa. —Miró a Francisca con aire confuso—. Lo que pasa es que me gustan mucho los comienzos. ¿No lo comprendes?

—Quizá. Pero a mí no me interesaría una aventura que no tuviera porvenir.

—¿No?

—No; es más fuerte que yo, soy una mujer fiel.

—No se puede hablar de fidelidad y de infidelidad entre nosotros —atrajo a Francisca contra él—. Tú y yo somos uno solo; es verdad, sabes, no podrían definirnos al uno sin el otro.

—Gracias a ti —dijo Francisca.

Tomó el rostro de Pedro entre sus manos y se puso a cubrir de besos esas mejillas donde el olor a pipa se

mezclaba con un perfume infantil e inesperado de pastelería. Somos uno solo, se repitió. Mientras no se lo hubiera contado a Pedro, ningún hecho era totalmente verdadero; flotaba inmóvil, incierto, en una especie de limbo. Antes, cuando Pedro la intimidaba, había una cantidad de cosas que ella dejaba a un lado: pensamientos turbios, gestos impensados; si no se hablaba de ellos, era casi como si no existieran, formaban debajo de la verdadera existencia una vegetación subterránea y vergonzosa donde ella se encontraba sola y donde se ahogaba. Y luego, poco a poco, lo había dicho todo; ya no conocía la soledad, pero estaba purificada de esos confusos hervideros. Todos los momentos de su vida que ella le confiaba, Pedro los volvía claros, pulidos, terminados, y se convertían en momentos de la vida de ambos. Ella sabía que, a su vez, representaba el mismo papel junto a él; no tenía con ella repliegues ni pudores; sólo se mostraba retraído cuando estaba mal afeitado o tenía una camisa sucia; entonces fingía estar resfriado y conservaba un pañuelo alrededor del cuello, lo que le daba un aspecto de anciano precoz.

—Voy a tener que dejarte —dijo ella con lástima—. ¿Te quedas a dormir aquí o vienes conmigo?

—Iré a tu casa. Quiero volver a verte lo antes posible.

Isabel ya estaba instalada en el *Dôme*; fumaba, fijando los ojos en el vacío. Hay algo que anda mal, pensó Francisca. Se había maquillado cuidadosamente la cara, pero la tenía hinchada y cansada. Vio a Francisca

y una brusca sonrisa pareció liberarla de sus pensamientos.

—Buenos días, estoy muy contenta de verte —dijo con vehemencia.

—Yo también —replicó Francisca—. Dime, ¿no te molesta que lleve con nosotras a la chica Pagés? Se muere de ganas de ir a un cabaret; podremos conversar mientras ella baila, no es pesada.

—Hace siglos que no oigo jazz, —dijo Isabel—. Va a divertirme.

—¿No ha llegado aún? Es raro. —Se volvió hacia Isabel—. ¿Y ese viaje? —preguntó alegremente—. ¿Decididamente te vas mañana?

—Lo consideras tan sencillo —dijo Isabel; tenía una risa desagradable—. Parece que eso podría mortificar a Susana, y Susana ha sufrido tanto con los acontecimientos de septiembre.

Era eso... Francisca miró a Isabel con una piedad indignada; Claudio se portaba con ella en forma verdaderamente indignante.

—Como si tú no hubieras sufrido también.

—Pero yo soy alguien lúcido y fuerte —dijo Isabel con ironía—. Yo soy la mujer que nunca hace escenas.

—Pero, en fin, Claudio ya no está enamorado de Susana. Está vieja y fea —dijo Francisca.

—Ya no está enamorado —dijo Isabel—. Pero Susana es una superstición. Está convencido de que no llegará a nada sin ella.

Hubo un silencio. Isabel seguía con aplicación el humo de su cigarrillo. Sabía guardar las formas; pero

¡qué oscuridad debía de haber en su corazón! Había esperado tanto de ese viaje: quizás esa larga soledad de dos resolviera por fin a Claudio a romper con su mujer. Francisca se había vuelto escéptica; hacía dos años que Isabel esperaba la hora decisiva. Pero sentía la decepción de Isabel con un nudo en el corazón, que se parecía al remordimiento.

—Hay que decir que Susana es muy inteligente —dijo Isabel. Miró a Francisca—. Está tratando de que Nanteuil acepte la pieza de Claudio. Es otra de las razones que le retienen en París.

—Nanteuil —dijo Francisca blandamente—. Qué idea tan rara.

Miró a la puerta con un poco de inquietud. ¿Por qué Javiera no llegaba?

—Es una estupidez. —Isabel hablaba con voz más firme—. Por otra parte, es muy sencillo, fuera de Pedro no hay nadie que pueda montar *Partición*. Estaría formidable en el papel de Achab.

—Es un buen papel —dijo Francisca.

—¿Crees que le gustaría? —en la voz de Isabel había una súplica ansiosa.

—*Partición* es una pieza muy interesante —dijo Francisca—. Pero no está en absoluto dentro de la línea de las investigaciones de Pedro.

—Escucha —prosiguió, solícita—. ¿Por qué Claudio no le lleva su pieza a Berger? ¿Quieres que Pedro le mande unas líneas a Berger?

Isabel tragó saliva dificultosamente.

—No te das cuenta de la importancia que tendría

para Claudio que Pedro aceptara su obra. Duda tanto de sí mismo. Sólo Pedro podría sacarle de eso.

Francisca eludió su mirada; la pieza de Battier era detestable. No había posibilidad de aceptarla. Pero ella sabía cuántas esperanzas había puesto Isabel en esta última probabilidad; frente a su rostro descompuesto eran verdaderos remordimientos los que sentía. No ignoraba hasta qué punto su existencia y su ejemplo habían pesado en el destino de Isabel.

—Francamente, no hay solución —dijo.

—Sin embargo, *Lucio y Armanda* fue un éxito.

—Justamente, después de *Julio César*, Pedro quiere tratar de lanzar a un desconocido.

Francisca se interrumpió. Vio con alivio que Javiera se acercaba. Estaba cuidadosamente peinada y se había maquillado la cara con el propósito de desdibujar sus pómulos y afinar su gran nariz sensual.

—¿Se conocen? —Francisca sonrió a Javiera—. Llega muy tarde. Estoy segura de que no ha comido. Comerá algo.

—No, gracias, no tengo hambre —se excusó Javiera. Se sentó y bajó la cabeza. Parecía incómoda—. Me perdí —dijo.

Isabel hacía pesar sobre ella una mirada insistente. La observaba.

—¿Se ha perdido? ¿Viene de lejos?

Javiera volvió hacia Francisca un rostro desolado.

—No sé lo que me pasó, seguí el bulevar, no terminaba jamás, me encontré en una avenida oscurísima. Debo de haber pasado ante el *Dôme* sin verlo.